

## RECORDANDO A JOAQUÍN BENITO DE LUCAS

*Rafael Morales Barba*  
*Universidad Autónoma de Madrid*

Joaquín Benito de Lucas, el infatigable y entusiasta Joaquín Benito, el poeta, el viajero, el profesor, con el que había estado charlando hacía un mes por teléfono, aunque ya le costaba expresarse, ha muerto el 17 de mayo. No se esperaba el hachazo, a pesar de la debilidad general que traía encima. Estaba cansado, pero no apagado, débil, con el agotamiento de los que se han esforzado mucho, trabajado desde la infancia, tenido una vida afortunada y difícil, forjadora de caracteres fuertes, como el suyo. Siempre fue un luchador, por encima de otros méritos, que los tuvo, y muy notorios. Peleó por él, por su mujer e hijos, y por la poesía con la misma pasión con que se entregó a sus amigos o al arabismo. Ya hemos adelantado que fue viajero por Damasco, Berlín, Toronto más tarde, como profesor universitario, hasta recalar finalmente en la Universidad Autónoma de Madrid, donde sirvió armas como Catedrático de Escuela Universitaria. Antes había estado en enseñanzas medias. Más concretamente en el Instituto Emilio Castelar, del que fue director, aunque también pasó por la Universidad de Alicante. Solía visitarle desde niño, con mis padres, jugar con su hija mayor, Inés, y últimamente a intentar hacerle compañía en su casa de Avenida del Mediterráneo. Sin embargo, ya hablé más con Fran, Françoise Ducos, su mujer, pues era complicado entenderle.

Joaquín comprendió desde niño que el verbo “hacer” es sinónimo de supervivencia y triunfo. Lo supo desde la humildad de los nacidos a la otra orilla del río de su Talavera de la Reina natal. Una ciudad a la que tanto ha defendido y tanto le ha querido, igualmente. Es Hijo Predilecto de la ilustre ciudad de la cerámica y, además, un parque próximo al lugar donde su padre echaba anzuelos para vivir, llevará su nombre. Uno de los dos premios literarios es el suyo, el otro el de mi padre, Rafael Morales Casas. Talavera de la Reina fue su hogar y su centro emocional tanto más que Madrid, al que también quiso, pero menos, y a la que ha defendido desde la cuna a la sepultura, escribió Francisco de Quevedo. Y mientras la brega, las enfermedades familiares, el coraje ante la adversidad: fue practicante mientras se pagaba los estudios universitarios, licenciado emigrado a lugares difíciles sin conocer otra lengua que el francés, no tan útil en la Universidad Libre de Berlín. Ganador del Premio Adonáis, cuando el premio abría puertas y el comienzo de una veintena de poemarios. Y ganador de tantos otros, que ahora no vamos a enumerar (Blas de Otero, José Hierro...), ni los libros de investigación de este Doctor igualmente en Filología Española. Yo siempre lo recuerdo en aquellas estupendas fiestas con la familia Hierro, con Claudio Rodríguez y Carlos Bousoño, o el recientemente fallecido Francisco Brines, entre tantos poetas. Fue mi mundo también, y el de otro profesor de la U.A.M, Solimán Salom, al que hacemos también un homenaje pronto. Joaquín Benito de Lucas

hizo muchos, pues fue un agitador cultural de primer orden, en una universidad que suele ser muy ajena a la literatura y la poesía. Por ella pasaron José Hierro y Claudio Rodríguez, pero se tuvieron que ir por “oficialismos”, mientras se los disputaban en otros sitios. Y se fueron. Él sin embargo se ocupó de poner la poesía en primer plano. Por la Universidad Autónoma y su “Reflexiones sobre mi poesía” pasaron algunos de los mejores poetas de nuestro panorama. Y así era él, incansable, sonriente, cariñoso, apasionado y con carácter. Nada grande se ha hecho en el mundo sin una gran pasión, escribió Hegel, y a ello se aplicó Joaquín, querido Joaquín, con esa franca sonrisa con la que siempre te recordaremos. Con esa pelea contra la tristeza, que a veces dejabas en algún poema, como ese con el que te despedimos. Solo provisionalmente, pues vives en tus versos, tus libros, en tus amigos y en la memoria de todos los que en algún momento tuvimos la gran suerte de cruzarnos contigo.

#### SIN TRISTEZA

Yo no sé por qué tengo que estar triste.  
El mar es grande, la esperanza espera,  
el día se hace largo en los veranos  
y las noches inventan nuevas formas de vida.  
Pero hoy, es decir, esta mañana  
del mes de mayo, cuando los rosales  
dejan caer los pétalos  
de su primera floración,  
me acuerdo de la gente que se ha ido  
-y es primavera- de los que dijeron  
adiós y ya no están  
como mis padres, como mis hermanos  
y como yo que un día  
no muy lejano cerraré los ojos,  
dejaré descansar la pluma con que escribo  
e iré a su encuentro. Temo  
que no me reconozcan, que no sepan  
quien soy, yo que he cantado su vida en muchos versos,  
y su muerte también, que ellos no habrán leído.  
Más creo que podrán reconocerme  
por el olor que deja cada lágrima  
vertida en su memoria mientras estaban vivos.